

mortal palidez: su cuerpo todo se cubre de un sudor el mas asombroso; á pesar de esto consigue en tan duro y cruel combate la mas señalada victoria. Vemos como.

Cúmplase vuestra voluntad, ó Padre mio, exclama este Dios paciente: ejecutese segun vos quereis. ¿Deseais que yo sea vendido por uno de mis discípulos? Sealo enhorabuena. ¿Quereis que sea atado y tratado como el último y mas vil de los hombres; que comparezca en este estado vergonzoso ante los tribunales de jueces inicuos; que sea mojado, escamecido, cargado de injurias, de bofetadas, de azotes, y que hagan pedazos mis carnes? ¿Quereis que sea tratado como un loco, que el pueblo pida á gritos mi sangre y mi vida: que las espinas, los clavos, los golpes no dejen gota de sangre en mi cuerpo: que lleve mi cruz y sea suspendido y crucificado en ella entre dos ladrones? ¿Quereis en fin que mi alma se separe de este cuerpo mortal, y ántes de separarse pruebe todo lo que hay de mas horrendo y triste en la esfera dolorosa de la muerte? Pues hágase; yo me someto á cuanto dispongais de mí; yo no rehusaré niunguno de los tormentos que el furor y la rabia de los hombres me prepare: cúmplase tu voluntad y no la mia.

Aun no se limita á esto el ardor del ánimo de Jesucristo: se levanta con intrepidez, y él mismo va á ofrecerse á los tormentos. Vamos, dijo á sus discípulos; vamos á donde vuestra salvacion y la gloria de mi Padre me llama; ha llegado la hora esperada por los patriarcas y anunciada por los profetas: ha llegado el momento en que separándoos de mí, me desamparéis; ha llegado la hora en que debo dejarme arrastrar al suplicio para ser inmolado como un cordero; hora en la que todo el infierno va á conspirarse contra mí; hora en la que es preciso que mi valor salga al encuentro al furor de los verdugos que maquinan mi ruina. Dejemos, pues, esta escena de los dolores interiores, y pasemos á la mas sangrienta. Dejemos este huerto de los Olivos, y salgámonos al encuentro al traidor discípulo, y abracemos lo mas fiero y cruel que mis enemigos me tienen preparado: estoy dispuesto para cumplir sus bárbaros designios: no deseo ya sino manifestar mi amor y mi ánimo.

Reflexionemos, lector piadoso, por un breve instante en la tierra del huerto del Olivar, bañada con la sangre preciosa del Salvador; recojamos algunas gotas, y presentémoslas á las almas cobardes, cuya condenacion fulminó San Pablo, cuando dijo: Vosotros aun no habeis hecho resistencia hasta derramar sangre para evitar

el pecado. Efectivamente, ¿hay cosa mas odiosa que la conducta de la mayor parte de los cristianos, ni cosa mas estravagante é indigna? El Hijo de Dios combate contra sí mismo, se oprime y se fuerza él mismo para dar muerte al pecado, que solo su amor al hombre cargó sobre él; y nosotros que lo hemos hecho nacer en nuestra alma, que lo hemos fortalecido y conservado en ella, no solo no lo sofocamos con la penitencia; ántes bien lo fomentamos con la vida afeminada y sensual! ¡Jesucristo dá su sangre para satisfacer por nosotros, y nosotros no derramamos ni una lágrima para cooperar á esta satisfaccion! Al recibir el bautismo nos alistamos por soldados de Jesucristo; tenemos en nuestro favor sus gracias, sus ejemplos y sus socorros; siendo mas fuertes con estas armas que la naturaleza corrompida con todas sus inclinaciones, que el mundo con todos sus placeres, y que el demonio con todas sus tentaciones; sin embargo, nos rendimos al primer ataque. Los mártires sufrieron rudos combates, y supieron sostenerlos. La pobreza, el oprobio, las burlas y desprecios, las ruedas, las torturas, los cadalsos, la esclavitud, la muerte, todo esto y mas, nada podia con ellos, porque la consideracion de la sangre de Jesucristo y de sus excesivos trabajos, hacia á estos héroes cristianos intrépidos, fuertes y generosos; y nosotros cobardes é insensibles, vemos con frialdad correr esa misma sangre. ¡Ah! temamos que la sangre del victorioso Jesus, mucho mejor que la del inocente Abel, levante la voz algun dia contra nosotros para pedir venganza, no solo de nuestra cobardía, sino tambien de nuestra ingratitud. Los cristianos cobardes ya están sentenciados en el tribunal del jardin de los Olivos. ¡Cuidado, no sea que esta sentencia se confirme en el tribunal de las venganzas del Eterno!

Miércoles Santo.

ESTE es propiamente el dia en que comienza la Iglesia el gran duelo; porque este es el dia en que los príncipes de los sacerdotes, los escribas ó doctores de la ley, los ancianos ó magistrados, se juntaron para deliberar sobre los medios de que habian de valerse para prender, en fin, al Salvador, y porque este fué el dia en que se decretó su muerte. Despues del Viérnes santo no hay dia que esté mas particularmente consagrado á la Pasion de Jesucristo, que es-

para deshacerse de él, había juntado en su casa á los sacerdotes, escribas y ancianos, los que todos tenían infinitos deseos de verlo á sus piés para poder satisfacer la envidia y la rabia que habían concebido contra él. Mientras pasaba todo esto, Pedro, corrido de haber abandonado tan cobardemente á su buen Maestro, lo seguía de léjos. El temor le había hecho huir, y el amor lo había hecho volver; pero este amor era todavía demasiado débil para hacer que se declarase por su discípulo. ¡Oh, Dios mio, qué consecuencias tan funestas produce el andar contemporizando en asuntos de piedad y de religion! ¡Y cuánta verdad es, que el indigno temor de pasar por discípulos de Jesucristo, nos hace infelices tarde ó temprano, y algunas veces tambien apóstatas!

Caiás, para dar colorido á sus depravados intentos, pregunta á Jesucristo sobre su doctrina. El Salvador le responde con su acostumbrada mansedumbre, le dice que si quiere instruirse perfectamente y saber que era lo que enseñaba, no necesitaba sino preguntarlo á cuantos lo habían oído. Una respuesta tan prudente y tan modesta merecia ser aplaudida; sin embargo, le atrajo una insigne afrenta; uno de los ministros de justicia le descargó una gran bofetada. Este ultraje fué uno de los mas señalados que se hicieron á Jesucristo, y así este divino Salvador que no deseaba sino padecer, no obstante, en esta ocasion testificó cuán sensible le era, diciéndole: Si he hablado mal ó fuera de propósito, muéstrame en qué; pero si no he dicho cosa que sea contra el respeto al sumo pontífice, ¿por qué me hieres de esta suerte? Algunos de la hez del pueblo, sobornados por los enemigos del Salvador, deponen contra él; pero por mas que se empleasen para calumniarlo mil artificios, todos los falsos testimonios que se daban, se contradecian tan visiblemente, que no se pudo encontrar cosa que diese un aire de verosimilitud, ó algun color á la calumnia. Solo la pasion, el furor y la calumnia podian condenar á Jesucristo. Mas el pontífice, creyendo que el Salvador no tendria que responderle á la última pregunta con que iba á tentarlo, le dice: Te conjuro por Dios vivo que nos digas si eres el Hijo único de Dios, si eres el Mesías. Entónces el Salvador con la mayor humildad le responde: Tú lo has dicho. No habia necesidad de pruebas; su vida, su doctrina, sus milagros lo probaban abundantemente. Este oráculo, confirmado tan repetidas veces por el Padre Eterno, fué un decreto de muerte contra el Salvador en el espíritu del juez. Ya teneis al santo de los santos, á la ino-

ciencia misma, al Criador del universo, al Salvador de todos los hombres, condenado á muerte por el mas enorme de todos los atentados, por el mas impío de todos los tribunales, contra toda suerte de derecho y de justicia. ¡Ah, Señor, y cómo nosotros gritamos justicia, venganza al menor perjuicio, al mas leve mal que se nos hace; y el Hijo de Dios no despliega sus lábios, viéndose condenado á muerte por unos malvados, por unos impíos! Decretada su muerte se retiran todos los del concilio, y el Salvador es abandonado lo restante de la noche á la crueldad de los soldados y á la insolencia de los criados, los que no solo lo hicieron su juguete, sino que mirándolo como á una vil víctima destinada ya á la muerte, lo tratan de la manera mas bárbara: uno le escupen en la cara, otros le dan de puntapiés, estos le vendan los divinos ojos, y con una burla la mas impía y la mas insolente le dicen abofeteándolo: Adivina quien te ha herido. Finalmente, todos á porfia van á quien le dirá mas injurias, y le dará mas golpes. Este es el trato que le dan al Salvador en la noche mientras se los entregan para ejecutar su depravada sentencia.

Mas habiéndose reunido al amanecer los enemigos del Salvador, que componian el consejo de los judíos, se determina que, para hacer á Jesus todavía mas odioso al pueblo, se debía hacer que lo juzgara tambien y lo condenara Pilato que mandaba por los romanos en la Judea. Conducen, pues, al Salvador á la presencia de Pilato, y lo pasan por medio de Jerusalem, llevándolo por las calles llenas de gente como á un facineroso. Pilato al examinar á Jesus descubre en él así la inocencia como la verdadera causa del odio de los judíos, y sin duda por no verse obligado á juzgarlo, y para ganarse un amigo á costa del inocente, lo envía á Herodes, tetrarca ó gobernador de Galilea. Deseaba Herodes largo tiempo habia ver á Jesus; pero solo era por un motivo de curiosidad, y así el Salvador no se dignó responder una sola palabra á todas sus vanas preguntas; con esto todo para en injurias y burlas; de modo que es tratado de insensato por Herodes y por toda su corte el que era la sabiduria eterna. ¡Es posible, Señor, que no ha de haber ningun tribunal, ningun estado en el mundo, en que no seas maltratado, aborrecido de los sacerdotes, maldecido del pueblo, menospreciado de los grandes, y perseguido de todos? Por mas que lo declaran por inocente, se quiere que muera. Pilato queria librarlo; pero el respeto humano se lo estorba. Era costumbre entre los judíos dar la vida á un reo, á elec-

cion del pueblo, la vigilia de pascua. Pilato les propone á Jesus y á Barrabas. ¿Habia en qué detenerse sobre á quién debía darse la preferencia? Jesus, el santo de los santos, el que habia dado la vida á tantos muertos y la salud á tantos enfermos, y Barrabas, facineroso de profesion, que habia sido puesto en prisiones por haber muerto poco habia á un hombre; este es el competidor de Jesus. ¿Sobre cuál de los dos caerá la eleccion? Si el mundo es quien la ha de hacer, ciertamente Jesus será olvidado, menospreciado y condenado. En efecto: danos á Barrabas, gritan de todas partes, y crucifica á Jesus. Aquí fué quando creyó Pilato que el medio de aplacar su rabia, ó á lo ménos suavizarla, era poner al inocente Cordero en un estado capaz de mover á compasion á los mas bárbaros. Manda que Jesus sea molido y despedazado con repetidos golpes de azotes. Ejecutóse la orden con tanta crueldad, que Pilato se horrorizó y creyó bastaria mostrarlo al pueblo para aplacar todo su furor y toda su rabia. Habiéndose, pues, presentado al pueblo en un balcón hizo traer á Jesus, y mostrándole en un estado tan lastimoso, les dice: Mirad al hombre que me habeis entregado para que lo haga morir; juzgad si puede vivir mucho tiempo en un estado tan miserable. Miradlo: ¿podeis ni aun conocer quién es? ¿Temereis que quiera hacerse vuestro rey? ¿Lo creis en estado de dogmatizar? Dejadle acabar entre dolores y congojas ese miserable soplo de vida que le queda. Un espectáculo tan lúgubre y tan capaz de hacer impresion en los corazones mas bárbaros, solo sirvió para irritar mas á aquellos leones furiosos: la sangre del Salvador los hizo todavia mas sedientos de la poea que le quedaba. De todas parte se oye gritar: *Crucificalo, crucificalo*. Y Pilato despues de haber protestado que él no tenia parte en una injusticia tan manifiesta, entrega al fin el Cordero sin mancha para que sea sacrificado. ¡Oh, y cómo se conoce que quien pide tan obstinadamente su muerte es el peccado de todos los hombres, que este divino Salvador ha cargado sobre sí! Quien lo sacrifica es la satisfaccion de este mismo peccado; y así no es sino la pasion, la injusticia, la iniquidad pública quien lo condenan á muerte, y quien ahoga todo sentimiento de humanidad en aquel pueblo.

Por último, aquella vil canalla de sayones y de gente armada á quien habia sido entregado el Salvador para que lo crucificaran, lo hacen caminar para el monte Calvario, llevando á cuestras la cruz de su sacrificio, acompañado de dos malhechores condenados tam-

bien á muerte; mas habiendo llegado este divino Salvador al lugar de su sacrificio, lo clavan en la cruz y lo enarbolan en medio de aquellos dos ladrones que le acompañan en su muerte; la turba insolente lo escarnece, diciéndole: *A otros há salvado, sálvese á sí mismo, si es el Cristo elegido de Dios*. El uno de los malhechores le insulta tambien en decirle: *Si tú eres el Cristo, sálvate y sálvanos*, á tiempo que el otro lo reprendia por su ningun temor á Dios, hallándose en el suplicio que ambos dos merecian por sus delitos, quando Jesus á nadie habia causado daño; y volviéndose á él le dijo: *Señor, acuérdate de mí quando llegues á tu reino*, mereciendo que Jesus le ofreciera que en aquel mismo dia seria con él en el paraíso. El primero de estos facinerosos representa á los réprobos, que con la muerte á los ojos, y estando para dar el salto terrible del tiempo á la eternidad, endurecidos en la maldad, no entran en un temor saludable, muriendo sin arrepentirse de su mala vida. El otro representa al justo que conoce sus culpas, ve que lo que sufre lo ha merecido, y se entrega confiadamente en manos de la misericordia del Altísimo. El perdon de Dios debe animar la confianza del peccador por grande que sea; pero no para que se retarde con temeridad la conversion hasta la hora última, teniendo presente lo que acerca de este caso dice San Agustin, á saber: Que Dios perdona á uno á la hora que iba á morir, para que ninguno desespere, y á este solo (porque no se lee de ninguno otro en las Sagradas Escrituras) para que nadie confie vanamente.

Finalmente, Jesus, clamando con voz grande, expiró; y un decurion, llamado José, natural de Arimatea, pidió licencia á Pilato para bajar el sagrado cuerpo, y lo depositó en un sepulcro en que nadie se habia enterrado. ¡Ojalá y nuestro corazon para recibir á Jesus sacramentado fuera una habitacion nueva en la que jamas hubieran entrado sus enemigos! Pero ¡ay! estos son los que han vivido de asiento en él. Si los desalojamos por unos cuantos dias y admitimos á Jesus, es para volverlo á arrojar de nuestra alma, y recibir en ella de nuevo á esos mismos enemigos, que en cada recaída nuestra se robustecen, y al fin quizá llegarán á dominarnos tanto que nos conduzcan á la impenitencia final. Ya, pues, que tenemos la desgracia de que no seamos una morada nueva para Jesus, cristó, sino usada y maltratada por la culpa, procuremos arrojarla de ella en esta santa cuaresma, de suerte que no sea desde hoy has-

ta el momento de nuestra muerte habitada sino por nuestro divino Salvador.

La Epístola es de los capítulos LXII y LXIII del Profeta Isaías.

Esto dice el Señor Dios: Decid á la hija de Sion: He aquí tu Salvador viene, he aquí trae consigo su galardón. ¿Quién es este que viene de Edom? ¿de Bosra con vestidos encarnados? Hermoso es él en su estola, que va con la grandeza de su poder. Y soy el que hablo justicia, y defiendo para salvar. ¿Por qué es encarnado tu vestido, y tus ropas como del que ha pisado uvas en el lagar? Solo yo pisé el lagar y de los pueblos nadie me ayudó: pisélos con mi furor, y los hollé con mi ira: y su sangre salpicó mis ropas, y ensucié todos mis vestidos. Porque el día de la venganza está en mi corazón, el año de mi redención es venido. Miré al rededor, y no había quien me socorriese: busqué, y no hubo quien me ayudase: y salvóme mi brazo, y mi indignación misma me valió. Y hollé los pueblos con mi furor, y con mi indignación los embriagué, y derribé á tierra su esfuerzo. De las piedades del Señor me acordaré; de las alabanzas del Señor, acerca de todo lo que nos ha dado el Señor Dios nuestro.

La segunda Epístola es del capítulo LIII del Profeta Isaías.

En aquellos días dijo Isaías: ¿Quién creyó lo que nos han dicho? ¿Y el brazo del Señor á quien se ha manifestado? Es á saber, subirá como pimpollo delante de él, y como raiz de tierra seca. No hay en él hermosura ni magestad. Vimosle, y no estaba para ser visto, y le desconocimos. Despreciado y el infimo de los hombres, varon de dolores, experimentado en flaqueza. Su rostro estaba como encubierto y menospreciado, por cuya causa no le reconocimos. Verdaderamente llevó sobre sí nuestras enfermedades, y soportó nuestros dolores: y sin embargo, nosotros le tuvimos por leproso, herido de Dios y abatido. Mas él fué herido por nuestras maldades, quebrantado por nuestros delitos. La disciplina de nuestra paz vino sobre él, y con sus cardenales fuimos curados. Todos nosotros nos descarriamos como ovejas; cada cual se apartó por su camino: y el Señor impuso sobre él el pecado de todos nosotros. Fué ofrecido porque él lo quiso, y no abrió su boca. Será llevado al matadero como oveja, y como cordero delante de su trasquilador enmudecerá y no abrirá su boca. De tribulación y del juicio fué apartado:

y su generacion ¿quién la contará? Porque fué cortado de la tierra de los vivientes: por el pecado de mi pueblo le herí. Y dará los impios en precio de su sepultura, y los ricos en recompensa de su muerte: porque no cometió maldad, ni hubo engaño en su boca. Mas el Señor quiso atribularle en la enfermedad: si pusiere su vida por expiación, verá alargarse su generacion, y la voluntad del Señor estará en su mano. Por el trabajo de su alma verá, y se hartará: con su conocimiento justificará mi siervo justo á muchos, y él llevará sobre sí las iniquidades de ellos. Por tanto yo le daré parte con muchos, y repartirá los despojos de los fuertes; porque entregó á su vida la muerte, y fué contado con los malhechores, habiendo llevado sobre sí los pecados de muchos, y rogado por los transgresores.

PASION

DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO SEGUN SAN LUCAS.

(Capítulos XXII y XXIII).

En aquel tiempo se acercaba el día solemne de los ázimos, que se llama pascua: y los príncipes de los sacerdotes y los escribas buscaban modo de dar la muerte á Jesus; pero temian al pueblo. Y Satanás entró en Judas, que tenia por sobrenombre Iscariotes, uno de los doce. Y fué y trató con los príncipes de los sacerdotes y con los magistrados de cómo se le entregaría. De lo cual se alegraron, y concertaron de darle una suma de dinero, y se ofreció á ello. Y buscaba oportunidad para entregarle estando solo. Llegó, pues, el día de los ázimos, en que se habia de sacrificar el cordero pascual. Y envió á Pedro y á Juan, diciendo: † Id á prepararnos el cordero pascual para comerlo. *C.* Ellos le dijeron: *S.* ¿Dónde quieres que lo dispongamos? *C.* Y él les respondió: † Luego que entres en la ciudad, os saldrá al encuentro un hombre, que llevará un cántaro de agua; seguidle hasta la casa donde entrare. Y decidle al padre de familias de la casa: el Maestro te dice: ¿Dónde está el aposento en que he de comer la pascua con mis discípulos? Entónces él os mostrará una grande sala adornada, y allí lo habeis de disponer. *C.* Habiendo, pues, ido, lo hallaron como les dijo: y prepararon la pascua. Y llegada la hora se puso á la mesa, y con él los doce Apóstoles. Y les dijo: † Ansiosamente he deseado comer esta pascua con vosotros ántes de mi pasion. Porque os digo, que no la comeré

ya mas; hasta que se cumpla en el reino de Dios. *C.* Y tomando el cáliz, dió gracias, y dijo: † Tomad, y distribuidle entre vosotros. Porque os digo que no beberé mas del fruto de la vid, hasta que venga el reino de Dios. *C.* Y habiendo tomado el pan, dió gracias, y le partió, y se le dió, diciendo: † Este es mi cuerpo; que es dado por vosotros; haced esto en memoria de mí. *C.* Asimismo tambien el cáliz despues de haber cenado, diciendo: † Este cáliz es el Nuevo Testamento en mi sangre, que será derramada por vosotros. Con todo eso, he aquí la mano del que me vende, está conmigo en la mesa. A la verdad el Hijo del Hombre va, segun lo que está determinado; mas ¡ay de aquel hombre por quien será vendido! *C.* Ellos entónces comenzaron á preguntarse uno á otros, cuál de ellos seria el que habia de hacer tal cosa. Movióse tambien á la sazón entre ellos una contienda sobre cuál de ellos pareceria ser el mayor. Mas él les dijo: † Los reyes de los gentiles los gobiernan con imperio; y los que sobre ellos tienen el señorío, son llamados bienhechores. Mas entre vosotros no sea así; antes el que es mayor entre vosotros, hágase como el menor, y el que preside, como el que sirve. Porque ¿cuál es mayor, el que está sentado á la mesa, ó el que sirve? ¿No lo es el que está sentado á la mesa? Yo estoy pues entre vosotros como el que sirve. Y vosotros sois los que habeis permanecido conmigo en mis tentaciones; por eso os preparo yo el reino, como mi Padre me le ha preparado á mí para que coma y bebais á mi mesa en mi reino, y os senteis sobre tronos para juzgar á las doce tribus de Israel. *C.* Dijo tambien el Señor: † Simon, Simon, mira que Satanás ha solicitado acibaros como trigo. Mas yo he rogado por tí, para que no falte tu fé; y tú una vez convertido, confirma á tus hermanos. *C.* El le dijo: *S.* Señor, aparejado estoy para ir contigo á la cárcel y á la muerte. *C.* Mas Jesus le dijo: † Dígote, Pedro, que no cantará hoy el gallo, antes que por tres veces me niegues haberme conocido. *C.* Y les dijo despues: † Cuando os envié sin bolsa, sin zurrón y sin zapatos, ¿os faltó algo por ventura? *C.* Y ellos respondieron: *S.* Nada. *C.* Dijoles entónces: † Pues ahorá el que tiene bolsa, tómiela y tambien el zurrón; y el que no la tiene, venda su túnica, y compre una espada. Porque os digo, que es necesario se cumpla ya en mí esto que está escrito; y fué contado con los inieuos. Porque las cosas que de mí están escritas, van á cumplirse. *C.* Mas ellos respondieron: *S.* Señor, he aquí dos espadas. *C.* Y él les dijo: † Basta. *C.* Y habiendo salido, se enca-

minó segun su costumbre al monte de las Olivas; y sus discípulos le fueron tambien siguiéndole. Y llegado á aquel lugar, les dijo: † Orad, porque no entreis en tentacion. *C.* Y apartóse de ellos como un tiro de piedra, y puesto de rodillas oraba, diciendo: † Padre, si quieres, traspasa de mí este cáliz; mas no se haga mi voluntad, sino la tuya. *C.* Y se le apareció un ángel del cielo confortándole. Y puesto en agonía, oraba mas afectuosamente. Y le entró un sudor como de gotas de sangre que venian hasta el suelo. Habiéndose pues levantado de la oracion, y corrido adonde estaban sus discípulos, los halló durmiendo de tristeza. *C.* Y les dijo: † ¿Por qué dormís? Levantaos, orad, porque no entreis en tentacion. *C.* Ann estaba él hablando, y he aquí una tropa de gente; y uno de los doce, llamado Judas, iba delante; y acercóse á Jesus para besarle. Mas Jesus le dijo: † ¿Judas, con un beso vendes al Hijo del Hombre? *C.* Viendo pues los que estaban con él que iba á suceder, le dijeron: *S.* ¿Señor, echamos mano á la espada? *C.* Y uno de ellos hirió á un criado del príncipe de los sacerdotes, y le cortó la oreja derecha. Mas Jesus tomando la palabra, dijo: † Basta eso; no paseis adelante. *C.* Y habiendo tomado la oreja de aquel hombre, lo curó. Dijo despues Jesus á los príncipes de los sacerdotes, á los magistrados del templo y á los ancianos que habian venido á él: † Como si yo fuera yo ladrón, habeis salido con espadas y palos! Habiendo estado todos los días con vosotros en el templo, no extendisteis las manos contra mí; mas esta es vuestra hora, y el poder de las tinieblas. *C.* Y prendiéndole, le llevaron á la casa del príncipe de los sacerdotes, y Pedro le seguía á lo lejos. Y habiendo encendido lumbre en medio del atrio, y sentádose ellos al rededor, Pedro estaba entre ellos. Una criada luego que le vió sentado á la lumbre, le miró con atencion, y dijo: *S.* Tambien estaba este con él. *C.* Mas él lo negó, diciendo: *S.* Muger, no le conozco. *C.* Y un poco despues viéndole otro, dijo: *S.* Tú tambien eres de ellos. *C.* Mas Pedro respondió: *S.* Hombre, no lo soy. *C.* Y pasada como una hora afirmaba otro, diciendo: *S.* De cierto estaba tambien este con él; porque es tambien galileo. *C.* Y Pedro respondió: *S.* Hombre, no sé lo que dices. *C.* Y en el mismo instante estando él todavía hablando, cantó el gallo. Y volviéndose el Señor miró á Pedro, y Pedro se acordó de la palabra que el Señor le habia dicho: antes que el gallo cante, me negarás tres veces. Y saliendo fuera, Pedro, lloró amargamente. Y los que guardaban á Jesus, le escarmecian hiriéndole:

Y le vendaron los ojos, y le abofeteaban, y le preguntaban, diciendo: *S.* Adivina quien te ha herido. *C.* Y le decian otras muchas cosas, blasfemando. Luego pues que amaneció, se juntaron los ancianos del pueblo y los principes de los sacerdotes y los escribas, y le llevaron á su consistorio, y le dijeron: *S.* Si tú eres Cristo, dinoslo. *C.* Mas él les respondió: † Si os lo dijere, no me creereis. Y si ademas os preguntare, no me responderéis ni me pondréis en libertad. Mas sin embargo, estará el Hijo del Hombre sentado á la diestra del poder de Dios. *C.* Entónces le dijeron todos: *S.* ¿Luego tú eres el Hijo de Dios? *C.* Él les respondió: † Vosotros decís que yo lo soy. *C.* Mas ellos dijeron: *S.* ¿Para qué mas testigos? Nosotros mismos lo hemos oido de su boca. *C.* Y levantándose toda aquella muchedumbre, le llevaron á Pilato. Comenzaron pues á acusarle, diciendo: *S.* A este hemos hallado seduciendo á nuestra nacion, y prohibiendo pagar los tributos á César, y diciendo ser el Cristo Rey. *C.* Entónces Pilato le preguntó, diciendo: *S.* ¿Eres tú Rey de los judíos? *C.* Mas él le respondió diciendo: † Tú lo dices. *C.* Y Pilato dijo á los principes de los sacerdotes y á la muchedumbre: *S.* No hallo delito alguno en este hombre. *C.* Pero ellos porfiaban diciendo: *S.* Tiene alborotado al pueblo con la doctrina que esparce por toda la Judea, comenzando desde Galilea hasta aquí. *C.* Pilato, oyendo nombrar la Galilea, preguntó si era galileo. Y luego que supo que era de la jurisdiccion de Heródes, envió á Heródes, el cual se hallaba tambien á la sazón en Jerusalem. Heródes se alegró mucho de ver á Jesus, porque habia mucho tiempo que lo deseaba, por haber oido contar de él muchas cosas, y esperaba verle hacer algun milagro. Le hizo pues muchas preguntas; mas él nada le respondió. Hallábanse presentes los principes de los sacerdotes y los escribas acusándole fuertemente. Mas Heródes con su tropa le menospreció, y haciéndole vestir por burla de una ropa blanca, le volvió á enviar á Pilato. Y este mismo dia Heródes y Pilato, de enemigos que eran ántes, se hicieron amigos. Pilato pues habiendo convocado á los principes de los sacerdotes y á los magistrados y al pueblo, les dijo: *S.* Me habeis presentado este hombre como pervertidor del pueblo; y ved aquí que preguntándole yo en vuestra presencia, no le he hallado culpado en ninguno de los delitos de que le acusais. Ni Heródes tampoco, porque os remitió á él, y no se le ha probado culpa alguna por la cual merezca la muerte: le castigaré pues, y le daré libertad. *C.* Estaba obligado

á libertar á tino en la festividad. Y toda la muchedumbre gritó á una voz diciendo: *S.* Quita á éste, y sueltanos á Barrabas. *C.* Este habia sido puesto en la cárcel por cierta sedición suceedida en la ciudad, y por homicidio. Y Pilato les habló otra vez deseando libertar á Jesus. Mas ellos volvían á gritar diciendo: *S.* Crucificalle, crucificalle. *C.* Y él les dijo tercera vez: *S.* ¿Qué mal ha hecho este? Yo no hallo en él delito alguno de muerte; le castigaré pues, y le pondré en libertad. *C.* Mas ellos instaban, pidiendo á grandes gritos que fuese crucificado, y tomaban mas fuerza sus clamores. Entónces Pilato decretó que se hiciese lo que ellos pedían. Y soltóles al que por la sedición y el homicidio habia sido puesto en la cárcel, que era el que pedían; y entregó á Jesus á la voluntad de ellos. Y llevándole, tomaron un hombre de Cirene, llamado Simon, que venia de una granja; y le cargaron la cruz para que la llevase detras de Jesus. Segúale una grande multitud de pueblo y de mugeres que lloraban y se dolían de él. Mas Jesus, vuelto á ellas, les dijo: † Hijas de Jerusalem, no lloréis por mí; mas llorad por vosotras mismas y por vuestros hijos. Porque he aquí, que vendrán dias en que dirán: Bienaventuradas las estériles, y los vientres que no concibieron, y los pechos que no dieron leche. Entónces comenzarán á decir á los montes: Caed sobre nosotros; y á los collados: Sepultadnos. Porque si en el árbol verde hacen estas cosas, ¿en el seco qué se hará? *C.* Y llevaban tambien con él otros dos, que eran malhechores, á darles muerte. Y llegados al lugar que se llama de la Calavera, le crucificaron allí, y tambien á los ladrones, uno á la derecha y otro á la siniestra. Mas Jesus decia: † Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen. *C.* Y repartiendo sus vestidos, los sortearon. El pueblo estaba mirando, y los principes juntamente con él, le miraban, diciendo: *S.* A otros salvó este: sálvese á sí mismo, si es Cristo el escogido de Dios. *C.* Escarnecíanle tambien los soldados, acercándose á él, y presentándole vinagre, y diciendo: *S.* Si tú eres rey de los judíos, sálvate á tí mismo. *C.* Habian puesto tambien sobre él una inscripcion con letras griegas, latinas y hebreas: Este es el rey de los judíos. Y uno de los ladrones crucificados le blasfemaba, diciendo: *S.* Si tú eres Cristo, sálvate á tí mismo y á nosotros. *C.* Mas el otro respondia reprendiéndole, y diciendo: *S.* ¿Ni aun temes tú á Dios estando en el mismo suplicio? Nosotros á la verdad padecemos justamente, porque recibimos lo que merecían nuestras obras; mas este ningún mal ha hecho. *C.* Y decia

á Jesus: S. Señor, acuérdate de mí cuando estuvieres en tu reino. C. Y Jesus le respondió: † En verdad te digo, que hoy serás conmigo en el paraíso. C. Y era ya cerca de la hora sexta, y toda la tierra se cubrió de tinieblas hasta la hora nona. Y el sol se obscureció, y el velo del templo se rasgó por medio. Y Jesus exclamando en alta voz, dijo: † Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu. C. Y dicho esto expiró. [Arrodillanse, y se hace una breve pausa.] Viendo el centurion lo que habia sucedido, dió gloria á Dios, diciendo: S. Verdaderamente este hombre era justo. C. Y toda la muchedumbre de los que asistian á este espectáculo, y veian lo que pasaba, se volvian dándose golpes en el pecho. Mas todos los conocidos de Jesus y las mugeres que lo habian seguido de Galilea, estaban de lejos mirando estas cosas. Entónces un varon llamado José, que era senador, hombre virtuoso y justo, el cual no habia consentido en el designio de los otros, ni en lo que habian hecho, natural de Arimatea, ciudad de Judea, y que esperaba tambien el reino de Dios; este llegó á Pilato, y pidió el cuerpo de Jesus. Y habiéndole bajado de la cruz, le envolvió en una sábana, y le puso en un sepulcro abierto en la peña, en el cual ninguno hasta entónces habia sido sepultado.

MEDITACION.

Sobre la humillacion de Jesucristo en su Pasion, y el lastimoso estado á que lo redujeron los tormentos.

Considera que si el aspecto de triunfo y fortaleza bajo que nos describe al Salvador el profeta Isaías, conviene á la virtud con que el Señor superó el fortísimo trance de su Pasion y muerte, venciendo con ella á satanas y derrocando su imperio; no le convienen ménos los rasgos de humillacion y abatimiento, de dolor y quebranto, de destruccion y aniquilamiento bajo que nos lo retrata el mismo Profeta, y en que realmente se vivió en su dolorosísima Pasion. El Profeta desde luego predice que la humildad y pobreza con que habia de aparecer entre los hombres aquel Dios, que impera en los cielos y anda sobre las plumas de los vientos, habia de hacer tal impresion en los ánimos carnales del pueblo judío, que desconocerian y negarian á su Mesías; sin querer creer que bajo aquel abatimiento ocultaba el brazo fuerte y poderoso del Dios de los ejércitos; mas dejando á la fé el reducir el entendimiento y corazon de los hombres, comienza resueltamente á descubrimos el estado de abyeccion y

desprecio, desamparo, soledad, destruccion y anonadamiento á que habia de aparecer reducido el Salvador en su Pasion y en su muerte. El subir, dice, como una vara de un matorral, y como una raíz de una tierra seca y árida: la hermosura y resplandor de su rostro han desaparecido: lo vimos, y no tenia figura, y echamos ménos aquella su belleza que nos hacia suspirar por el deseo de contemplarla; mas he aquí que ahora se ha hecho el mas depreciado, el último de los hombres, un baron de dolores que verdaderamente sabe lo que es padecer. ¡Ay! que su rostro está como escondido y depreciado; de donde es que no podiamos conocerlo, ni persuadirnos á que él fuese: lo teniamos mas bien por un leproso, ó por un hombre herido y humillado por Dios. Así era en efecto; mas el fué herido por nuestras iniquidades, fué quebrantado por nuestros delitos. Todos nosotros anduvimos errantes como ovejas; cada uno echó por el camino que quiso, y el Señor puso sobre él la iniquidad de todos nosotros. En medio de la angustia y la afliccion, y bajo del juicio á que se sujetó, fué arrebatado, terminó su carrera mortal: ¿quién podrá hablar de su generacion eterna? ¿Quién dirá las glorias del Hijo de Dios? Mas la muerte lo ha arrebatado de la tierra de los vivientes. Tal es, ó almas sensibles, almas penitentes, el estado á que nuestras culpas han reducido á nuestro buen Jesus. Considera que si en algun paso de la Pasion de Jesucristo se nos presenta en este estado de humillacion y desprecio, y al mismo tiempo de dolor y tormento, es en el de la coronacion de espinas. Una tropa cruel é insolente rodea al Salvador para burlarse de él y mostrarlo por la dignidad de rey de los judíos: dignidad que tenia en efecto, pues era descendiente de David en línea recta, y por consiguiente le competia todo derecho al trono de Judá y de Israel. Pero aquellos hombres que hacian delito al Salvador de ser lo que realmente era, así como le calificaron de blasfemia la verdad incontestable de ser Hijo de Dios, así le atribuyeron á una pretendida usurpacion la dignidad real que el Salvador tenia, y cuya posesion no buscaba ni pretendia en manera alguna; ántes bien huyó en el desierto de este mismo pueblo, cuando agradecido á sus beneficios, y admirado de sus milagros trató de proclamarlo rey. ¡Cuán sensible, pues, seria para el Señor verse tratado como rey de burlas, vestido de un andrajo por púrpura, coronado de un casquete armado todo de agudas y penetrantes espinas que atormentaban cruelmente su sagrada cabeza, con una caña por cetro, y que el vil po-

pulacho hincando la rodilla por insultarlo, lo saludase, diciendo: *Dios te salve, rey de los judíos*; dándole bofetadas, escupiendo su rostro, hiriéndole con la caña é insultándole tanto, que el Profeta que predijo este paso usa de esta expresion: "Se hartará de oprobios." ¡Pues qué diremos si contemplamos ultrajado de este modo, no solo al legitimo rey de los judíos, sino al rey soberano del cielo y de la tierra, que tiene escrito en la orla de su vestidura: *Rey de reyes, y Señor de señores!* ¡Ah, que esta humillacion, esta deshonra, esta ofensa á la Magestad divina del Hijo del Altísimo, es verdaderamente infinita; de modo que por ella fué Jesucristo infinitamente deshonrado. Con razon dijo Isaías que no se le conocia ni podia conocersele, pues un ultrage tal al mismo Dios en persona, es cosa que no cabe en la idea ni el discurso del hombre, si bien cupo en el amor infinito de un Dios, y en la soberbia y malignidad de unos hombres poseidos del demonio y devorados por su rabia infernal. ¡Oh, temamos, temamos los efectos de una pasion violenta y de una obstinacion que cierra la puerta á todo remedio, y precipita al hombre en los excesos mas criminales.

PETICION Y PROPÓSITOS.

Libradnos de caer en este abismo, ó Dios grande y poderoso, ya que por salvarnos de tamaña desgracia os dignásteis humillaros en tanto extremo, y prestaros dócil y obediente aun á la voz del vil soldado y al insulto de los que eran la hez del pueblo: ¡Oh Dios, y cuánto os debo! ¡Mas cuánta tambien será la cuenta que tengo de daros por una dignacion tan asombrosa como la que empleásteis en beneficio mio, y que yo he malogrado y dejado sin fruto! Reflexion es esta que me sorprende y me llena de pavor; pues contemplo que vuestros beneficios desestimados y desperdiciados por el hombre, gravitan sobre él con un peso inmenso, y si obraron en la vida para proporcionarle su salvacion, obran en el juicio para su mayor condenacion. Tal seria mi desgracia si no tratara ya, como en efecto trato y os prometo, de aprovecharme de ellos para mi salud.

JACULATORIA.

Con tus llagas he sido curado, ¡ó buen Jesus! y con tu humillacion exaltado.

LECCION.

Sobre la Pasion del Salvador en el huerto de los Olivos.

Cuán diferente fué esta última entrada de Jesucristo en Jerusalem de la que hizo el Domingo antecedente: no son siervos, no súbditos ansiosos, no niños tiernos los que van delante de él para llevarle de honores y celebrar su triunfo, es todo un pueblo amotinado que le mofa, que le insulta y le desprecia, pidiendo á gritos su muerte: ya no son ramos de palma y de olivo los que adornan los caminos por donde ha de pasar; es un cadalso infame el que se levanta, una caña frágil la que le ponen en sus manos para que le sirva de cetro, y unas varas espinosas y punzantes las que toman sus verdugos para formarle corona: lejos de tender sus vestidos á sus pies, le despojan del suyo y echan suertes sobre él: bien distantes de repetir el hosanna al Hijo de David, lo califican de seductor, blasfemo y endemoniado.

Jesucristo tenia doce discipulos; mas todos lo han abandonado; solo vemos al traidor Judas hecho cabecilla de los que le han de aprender. ¡Traicion la mas bárbara é inaudita, ósculo el mas pérfido y sacrilego! Mas dejemos al pérfido Judas, y pasemos á otro abandono mas sensible para Jesucristo. Pedro, el principe de los Apóstoles, á la débil voz de una criada y de unos cuantos satélites de la iniquidad, repite tres veces: No conozco tal hombre. Cuando poco ántes le habia hecho la protesta de que aun cuando fuese necesario morir con él jamas le dejaría. ¡Fragilidad humana! ¡Cuán grandes son tus inconsecuencias! ¡Qué frecuentes tus excesos! ¡Quién de nosotros no temblará, débiles y vacilantes cañas, al ver trastornada la primera columna de la Iglesia? ¡Quién podrá confiar en el débil movimiento de las pasiones, y descansar sobre la continua vicisitud que agita el corazon humano, habiendo visto caer la piedra fundamental del edificio de Jesucristo al primer ataque de la tentacion? Mas sigámosle despreciado ya que le hemos visto abandonado.

El divino Hijo de Maria es Profeta, es Rey, es Dios; pues estas mismas dignidades le atrajeron el desprecio y la confusion. Le burlan como profeta vendándole los ojos, le agobian á golpes y bofetadas, y una insolente turba de viles criados le dice que adivine quién le dió. Le mofan como á rey, tratándole como á loco é in-

ensato; por manto real una ropa andrajosa, por cetro una caña débil y por corona una diadema de espinas agudas que se le hacen entrar hasta el cráneo: la sangre que cae de sus divinas sienas se mezcla con el polvo que se levanta de la tierra, y ya en nada se deja ver de la hermosura siempre antigua y siempre nueva, complacencia de los Angeles: este es el menosprecio que se hace de Jesucristo como rey en las casas de Herodes y Pilato: le blasfeman como á dios falso, aunque sus milagros, sus oráculos y su doctrina manifestaron su divinidad; los judíos no solo le niegan esta legítima cualidad, sino que hacen cuanto pueden para persuadir á Pilato que no lo es, y por eso le prefieren á Barrabas: muera, dicen, el autor de la vida. Con sobrada razon le llamó Isafas varon de dolores, hombre despreciado y mirado como el último de los hombres.

Quanto hasta aquí hemos dicho es una pintura de lo que todos los dias se ejecuta con el inocente Jesus, y es lo que obligó á San Pablo á decir: Que aun en el cristianismo se hallan innumerables que crucifican al Hijo de Dios y hacen de él el objeto de sus burlas. El reprueba la vida deliciosa y mundana, y condena la sensualidad, y nosotros leemos estas prohibiciones como cosas que no nos pertenecen: ninguno está contento sino poseyendo grandes riquezas aunque sean mal adquiridas: los mas aman la indolencia, la ociosidad y la pereza, y buscan con ansia los refinamientos del placer, de la delicadeza y sensualidad: casi todos quisieran sacudir el yugo del Evangelio.

No bastó á los judíos haber quitado á Jesucristo el honor y la reputacion; así es que trataron de quitarle la vida: para esto lo acusan de blasfemo, sobornan testigos, y declaran ser preciso que muera para salvar la nacion. De la casa de Caifas lo llevan á la presencia de Pilato: este, amenazado con la indignacion del César, pronuncia al fin la sentencia de muerte, y muerte de cruz. La sola vista de un reo condenado al último suplicio excita la compasion de todos aunque sea el mas perverso; solo para Jesucristo, el mas santo, el mas inocente de todos los justos, faltan los sentimientos mas naturales. ¡Qué atrocidades no se cometen en su persona! Veamos ese pretorio regado con su sangre pura: veamos esos verdugos desenfrenados y enfurecidos contra este inocente Cordero, cansados de azotarle y cubiertos de la sangre de la víctima que tratan de sacrificar á su rabiá: representémoslo debilitado por los azotes, abiertas sus venas, rotas sus arterias, desgarrada su piel, descoyuntados

sus huesos, hecho en fin pedazos todo su cuerpo, no ofreciendo ya á los que le miraban sino grumos de sangre que del todo lo desfiguraban. En este lastimoso estado lo cubren con un vil andrajó, y le presenta al pueblo Pilato, diciendo: Ved ahí al hombre. Oigamos á San Bernardo: "Ved ahí al hombre," dice este santo, "convertido en el mas pobre de todos los hombres, á causa del mismo hombre: ved al hombre superior infinitamente á todos los hombres por la union hipostática, é infinitamente abatido por los mismos hombres á la humillacion y rigor de los tormentos: ved al hombre justo tratado como el mayor de los pecadores." Cristianos, á quienes nada basta para conmoveos, ¡habreis de ser siempre insensibles á la voz de la sangre de Jesucristo? Vuestros pecados son los que lo han reducido á tan lastimoso estado: mugeres mundanas, esa pompa y vestidos inmodestos, esos costosos y profanos adornos que la altanería forja sobre vuestras cabezas son los que le han coronado de espinas y le han puesto á la irrision y mofa de un vil populacho: esos aires seductores son los que le han atraido las injurias y blasfemias que vomita la chusma de insolentes soldados: esas miradas libres han apagado las luces de sus ojos: los bailes y los juegos son los que han causado su sangrienta tragedia: vuestro sacrilegio es mayor que los que crucificaron á Jesus la primera vez. En efecto, lector cristiano, no hay exageracion: Jesucristo padece mas que con los judíos por esos hombres infames que seducen y corrompen los tiernos corazones: por esas mugeres mundanas que con sus tramas obscenas pervierten á la incauta juventud: por esos libertinos que con sus disoluciones escandalosas pierden á tantas almas redimidas con la sangre del Cordero de Dios. Jesucristo padece mas por un mal cristiano, que por todos los verdugos que sacrílegamente derramaron hasta la última gota de su sangre preciosa. Se han hecho perseguidores de Jesus sus propios hijos. La impureza atormenta y maltrata todavía su cuerpo, derrama su sangre y la pisa. Pero ¡pecadores impuros! llegará tiempo en que este Dios de bondad y misericordia se convierta en Dios de ira y de indignacion; prevenid esa desgracia rompiendo el comercio que conservais con el espíritu impuro, enemigo el mas cruel de la sangre de Jesucristo. Puede ser sean estas las últimas amonestaciones que el Dios de las misericordias os dirija: alerta, y no hay que descuidarse en andar por la senda de la ley mientras es de dia; no se llegue la noche y no podamos trabajar.

te, por haberse decretado la sentencia de muerte contra el divino Salvador, que el Viérnes fué ejecutada. Esto es lo que motivó á la Iglesia, dice San Agustín, y á los demas santos Padres, á establecer la estacion ó ciertas oraciones, y el ayuno en los Miércoles y Viérnes de todo el año, mirados como dos dias singularmente consagrados á ejercicios de penitencia, en memoria de la Pasion del Salvador.

El introito de la misa se ha tomado del capítulo II de la carta de San Pablo á los Filipenses, donde el santo Apóstol despues de haberles explicado los grandes misterios de las profundas humillaciones de Jesucristo verdadero Dios y Hombre, les hace ver la inmensa gloria de que fueron seguídas estas pasmosas humillaciones; y que si este divino Salvador se humilló sin medida, fué exaltado y glorificado á proporcion. *En el nombre de Jesus doble la rodilla todo cuanto hay en el cielo, sobre la tierra y en los infernos. Porque el Señor fué obediente hasta morir, y morir en cruz: por esto nuestro Señor Jesucristo está en la gloria de Dios Padre.* Es decir, que Jesucristo Dios y Hombre está verdaderamente en el cielo á la diestra del Padre celestial, gozando de la gloria que le es debida como á Dios, y de la que se adquirió justamente por sus humillaciones y tormentos, como Dios Hombre. *Señor, oíd mi oracion, y lleguen hasta vos mis clamores.* Estas palabras se han tomado del profeta David, sumergido en la mas viva afliccion, y en esta calidad, figura de Jesucristo.

Ya se ha dicho en otra parte que el Miércoles de la semana en que se hacen órdenes se leen dos Epístolas; y siéndolo el presente, se sacaron la primera de los capítulos LXII y LXIII, y la segunda del XXV del profeta Isafas. Ambas expresan magníficamente la Pasion de Jesucristo, y son por tanto muy oportunamente traídas para este dia.

La primera anuncia la llegada del Salvador, pedido por tanto tiempo y esperado por tantos siglos, que viene en fin á salvar á su pueblo, sacándolo de una larga y dura cautividad, de la que era figura la de Babilonia. Decid de parte del Señor á la hija de Sion, esto es, decid á Jerusalem, y en ella á todos los hombres, que se acabaron todos sus males, pues ha venido su Redentor, su libertador, su Salvador, el cual va á acabar su grande obra, que es la redencion del linage humano, cuyo complemento y perfeccion es la recompensa de sus trabajos y de sus penas. En el nacimiento de Jesucris-

to los Angeles enviados del cielo se contentaron con decir á los pastores, que habia nacido un Salvador; pero aquí, mirando el Profeta á este Salvador, no naciendo, sino muriendo, consumando la grande obra de la redencion, nos lo anuncia y nos lo representa cargado del fruto de sus trabajos, y llevando consigo la recompensa de sus penas y de sus tormentos. ¿Quién es este que viene de Edom? exclamó el Profeta. ¿Quién es este conquistador que viene de Bosra con su túnica teñida en sangre, que encanta y deslumbra por lo hermoso y brillante de sus vestiduras, y que camina con tanta magestad, intrepidez y fortaleza? El Profeta nos representa al Salvador bajo la persona de un conquistador, que vuelve de Idumea cubierto todo de sangre, y cuya sangre dá un tan gran lustre á su triunfo. Yo soy, responde el Salvador mismo, soy yo que he satisfecho plenamente á la justicia divina con mi sangre, y he empleado todo mi poder y todas mis fuerzas para salvar á los hombres. ¿Por qué, pues, tu túnica está toda roja, y por qué tus vestidos se parecen á los de los que pisan las uvas en el lagar? Yo he pisado solo los racimos, sin que hombre alguno de todas las naciones del mundo me haya ayudado. El Profeta hace hablar aquí al Salvador de los hombres en un sentido alegórico. Ningun patriarca, ningun profeta, ningun hombre ha habido tan santo y tan estimado de Dios en todas las naciones de la tierra que haya jamas podido quebrantar la cabeza á la serpiente infernal, ni pisar como se pisa la uva, al enemigo de la salvacion, á quien el pecado habia hecho tan poderoso en el mundo. No hubo otro que yo, ni podia haberlo, que pudiese quebrantar la cabeza del dragon infernal. Con la fuerza de mi brazo omnipotente he triunfado yo solo de todo el infierno; no os admireis, pues, si todavia llevo sobre mis vestidos las señales de una tan sangrienta victoria. Meditaba yo, largo tiempo habia, su destruccion; pero en fin, llegó ya el tiempo de redimir á mi pueblo. El combate ha sido violento, la victoria ha sido sangrienta, me he encontrado solo con un enemigo tan temible, y no he aguardado ni esperado socorro de ningun hombre. La sola fuerza de mi brazo me ha salvado. Mi victoria no la debo sino á mi solo valor, y al mérito de mi sangre.

Parece que el Profeta pasa despues de la victoria del Salvador sobre todo el infierno, á las consecuencias gloriosas y á los maravillosos frutos de esta tan señalada victoria. Habia el demonio subyugado casi toda la tierra, ¡qué de templos sacrílegos levantados á

honor suya por los paganos! ¡Y qué infinidad de ídolos infames en estos templos! La idolatría esparcida por toda la tierra, reinaba con imperio en todas partes; los reyes y los emperadores eran los mas zelosos defensores del paganismo. El Salvador despues de haber vencido y desarmado al infierno, triunfó de todos sus partidarios; sus discípulos sin armas, sin fuerzas, sin socorros humanos, con sola la virtud de su nombre, purgaron toda la tierra de estos ministros de la impiedad; su cruz ha triunfado de todos los pueblos idólatras. ¿Despues de esto podemos olvidarnos de las misericordias infinitas de nuestro Dios? Al contrario, ¡qué alabanzas, qué acciones de gracias no debemos dar al Señor por tantas maravillas!

La segunda Epístola es una vivísima pintura del Salvador en su Pasion, expresada con colores tan propios y con una tal exactitud, que se creeria que el Profeta habia visto por sus ojos lo que anunció siglos ántes de que sucediera. Empieza este Profeta quejándose así de la espantosa incredulidad de los judíos, como de su ceguedad de no haber querido creer, ni á sus palabras ni á sus milagros. ¿Quién ha dado fé á lo que nos ha oído decir? ¡Y á quién se le ha hecho conocer el brazo del Señor? El brazo del Señor significa aquí el poder divino que resplandecia en los milagros de Jesucristo, el cual es la palabra y el brazo del Señor, siendo, como es, su sabiduría y su fortaleza; sin embargo, casi no ha encontrado en su propio pueblo sino oídos sordos á su voz, y corazones endurecidos. Esto es lo que obliga al Evangelista San Juan á decir: Que despues de tantos milagros como el Salvador habia hecho á sus ojos, no creian en él, para que se cumpliese lo que dijo el profeta Isaías. Los judíos no eran infieles en consecuencia de la prediccion de Isaías; lo eran por su infidelidad voluntaria y obstinada, la que el Espíritu Santo le hizo presente al Profeta; y esta presencia fué quien dió motivo á la prediccion. Despues de haber tirado este rasgo, que conviene también á la pintura tan parecida que va á hacer de Jesucristo en su Pasion, toca de paso la verdadera causa del error de los judíos, el que consistió en que habiéndose figurado siempre un Mesías adornado del resplandor de la grandeza y del poder temporal y terrestre, desconocieron á Jesucristo en su abatimiento. Os engañais, les dice el Profeta, en representaros á este Salvador como á un grande de la tierra, criado entre las honras del mundo, en la abundancia y magnificencia; os engañais si os lo representais como un alto cedro: se levantará delante del Señor, pero se-

rará como un pequeño arbusto, y como una raiz que sale de una tierra seca. Está á los ojos de los hombres sin belleza y sin lustre. Lo hemos visto en el lastimoso estado en que vosotros lo habeis puesto, y apenas hemos acertado á conocerlo: tan desfigurado estaba. Este divino Salvador, el mas hermoso de los hijos de los hombres, nos ha parecido un objeto espantoso; un hombre de dolores, que sabe bien lo que es padecer, y finalmente el último de los hombres. Cuanto mas lo hemos considerado, ménos lo hemos conocido. Su rostro estaba como escondido bajo aquel golpe de sangre, bajo un monton de bofetadas y de salivas: su vista causaba horror, y no hemos podido persuadirnos á que fuese el Señor. En el profundo espanto que nos ha causado un objeto tan nuevo, hemos considerado de dónde podria venir esta deformidad, y este agregado de males sobre su adorada persona; y hemos reconocido que ha sido porque efectivamente ha tomado sobre sí nuestras enfermedades, y se ha cargado voluntariamente por nuestro amor con la pena debida á nuestros pecados, con nuestros dolores y con todo lo que nosotros debiamos sufrir del justo enojo de Dios su Padre. El es, dice el Apóstol San Pedro, el que sobre el leño de la cruz llevó nuestros pecados en su cuerpo. Hubiera sido reputado por un leproso, continúa el Profeta, y por un hombre herido de la mano de Dios, y reducido á la humillacion mas profunda. Hombres ingratos, conced las infinitas obligaciones que teneis á este divino Salvador, pues únicamente por nuestras iniquidades fué despedazado á heridas, y molido á golpes por nuestros pecados, cuya pena se dignó padecer en sí mismo. Quiso que el castigo que nosotros debiamos sufrir ántes de reconciliarnos con su Padre, para gozar despues de una inalterable paz, cayese sobre él. Asimismo no hemos sanado nosotros de las llagas que nos habia hecho el pecado, sino por los golpes y por la sangre que él derramó. Comprended, hombres sujetos á tantas miserias, comprended lo que debéis á este Redentor de los hombres. Todos nosotros ibamos errados despues del pecado de nuestro primer padre, como otras tantas ovejas descarriadas; expelidos del paraíso terrenal, estábamos expuestos á todo género de accidentes adversos; léjos todos del redil, cada cual se habia descaminado para seguir su sendero, y no habia quien no encontrase en su camino mil peligros, y casi á cada paso un precipicio: efecto necesario de la ceguedad que causa el pecado. Este buen Pastor resolvió dar la vida por todo el rebaño. El Señor lo cargó, precediendo su be-

nephérito, las iniquidades de todos nosotros. Si se ofreció en sacrificio á la justicia de su Padre, fué porque quiso: y así no salió de su boca, ni justificación contra los falsos testimonios que le levantaron, ni queja alguna. Será llevado á la muerte como una oveja que van á degollar, y que no habla palabra; y como un cordero que está mudo delante del que lo esquila; así este divino Cordero, que quita los pecados del mundo, será sacrificado sin abrir su boca. Finalmente, murió entre los mas agudos dolores, y despues de haber sido conocido y confesado inocente, no dejó de ser condenado á muerte contra toda justicia. No obstante, este hombre de dolores, tratado como el último de los hombres, es nuestro Dios: porque ¿quién podrá contar su generacion eterna? ¿ni quién puede comprender el misterio inefable de su Encarnacion? No os escandalicen los oprobios de que lo hartaron, ni tampoco la ignominia de su muerte. Yo lo herí, dice el Señor, por causa de los pecados de mi pueblo. Para satisfacer plenamente á la justicia divina ofendida por el pecado, era menester una víctima inocente y de un valor infinito; era menester que un hombre que no hubiese podido jamas pecar, padeciese en su persona la pena debida al pecado, para de este modo poner á los hombres en gracia de Dios, y esto es lo que hizo este divino Salvador. Así mereció con su muerte la conversion de los impios y de los ricos; quiere decir, de los judfos que tuvieron la impiedad de hacerlo morir, y de los gentiles que parecian ser los señores de la tierra. Aunque era la misma inocencia, quiso el Señor abrumarlo con toda suerte de males. Comprended, pecadores, el mal que es el pecado, viendo el rigor con que Dios trata á su propio Hijo, cargado solamente de la apariencia del pecado, sin tener respeto á su inocencia. Por lo demas su gloria será correspondiente á sus humillaciones, y su triunfo al exceso de sus tormentos. Y pues se dignó dar su vida por el pecado de los hombres, ¿qué dichosa, qué larga posteridad no verá? ¿Cuántos millones de mártires darán su vida por la gloria de su nombre? Su Iglesia no solo subsistirá hasta el fin de los siglos, á pesar de todos los esfuerzos del infierno, sino que verá tambien en el cielo por toda la eternidad un número infinito de escogidos, que serán el fruto de lo que padeció. ¿Cuántas gentes se justificarán por medio de su doctrina? La multitud innumerable de santos que triunfarán bajo sus órdenes y por su gracia, de todas las potestades del infierno, compondrá su corte en el cielo. A su solo nombre doblará la rodilla todo lo que hay

en el cielo, sobre la tierra, y en los infiernos. No habrá uno de sus siervos que no entre en su reino, cargado de los despojos de la misma muerte que venci6 él mismo con la suya: y todo esto porque él mismo se entregó á la muerte, y fué puesto en la clase de los facinerosos. Ved aquí el fruto de su muerte. Finalmente, concluye el Profeta; no contento con haber cargado sobre sí nuestros pecados, pasó á pedir por los quebrantadores de su ley, los cuales hallan siempre en él un fondo inagotable de misericordia; y llevando su bondad hasta mas allá de todos los limites, suplicó tambien por los que le quitaron la vida. Cuando Isaiás hacia la pintura de Jesucristo con tan vivos colores, era setecientos años ántes que sucediese todo esto. Un Evangelista no hubiera hablado mas claramente.

La historia de la Pasion que se lee en la misa de este dia, fué escrita por San Lúcas. No haremos aquí sino un compendio de ella, con las reflexiones que sugiere el asunto. Empieza por estas palabras: Estaba cerca la fiesta de los ázimos, esto es, de los panes sin levadura, llamada pascua. El Miércoles, vigilia del dia en que el Salvador celebró la última pascua, se convino Judas con los judfos en que les entregaria á Jesucristo. Se ha visto el modo con que este impío apóstata ejecutó su infame designio. Habiéndose apoderado los soldados de Jesus en el huerto de los Olivos, lo ataron, y tratándolo con la mayor ignominia lo llevaron durante la noche á Jerusalem con linternas y hachas encendidas, y con un estruendo tumultuoso, que daba á entender á todo el mundo que llevaban preso algun reo famoso. ¿Cuál seria la sorpresa y cuales los sentimientos de menosprecio de todo el pueblo cuando vió que el preso era Jesus, aquel gran profeta que cinco dias ántes habia sido recibido como el Mesías en aquella misma ciudad, y que acababa de ser preso por órden de los pontífices y del magistrado como un insigne impostor? Esta aventura hizo desde luego tal impresion en los espiritus, que toda su veneracion se convirtió en indignacion contra él; y al instante vino á ser el divino Salvador la execracion pública. Llévanlo primero á la casa de Anas, que era sumo pontífice y tenia el primer lugar entre los judfos; mas como su yerno Caifas hacia aquel año las funciones de gran sacrificador, se lo envió para que este le formara el proceso y lo condenara. Advertido Caifas de que le llevaban al Salvador, á quien aborrecia en extremo, y cuya sentencia de muerte habia pronunciado ya en el consejo que se habia tenido algunos dias ántes; deseoso de encontrar pretextos y medios